

BLUE

EL CAMPAMENTO

JEANS



Blue Jeans

El campamento

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021
Depósito legal: B. 3.648-2021
ISBN: 978-84-08-24066-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

SAÚL

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

—¿Dónde están Martín y Gema?

Nadie responde a la pregunta de Saúl. Algunas veces piensa que es invisible a pesar de medir casi un metro noventa.

—¿Me habéis oído?

—Sí, pesado. Te hemos oído perfectamente —responde Natalia tras soltar un resoplido. No aguanta a ese tío desde el primer momento—. Estarán por ahí, detrás de algún arbusto, dando rienda suelta a su amor.

—¿Están liados?

—¿De verdad, Saúl? —dice la chica sorprendida—. ¿Llevamos una semana aquí y todavía no te has enterado? ¡En qué mundo vives!

—De momento, en el mismo que tú.

Aunque a veces desearía volver a su casa, a sus entrenamientos, y alejarse de alguna de esas personas tan prepotentes y egocéntricas. Cuando recibió aquella invitación debió quemarla y tirar las cenizas a la basura. Pero necesitaba ese descanso.

—Me di cuenta de que esos dos estaban juntos a los diez minutos de llegar —comenta un chico con gafas sen-

tado en un sillón rojo, sin apartar la mirada de las páginas de un libro bastante grueso.

—No es un secreto de Estado, Luis. Creo que todos nos dimos cuenta desde el principio de que Martín y Gema son pareja.

—Este no lo sabía.

—Porque paso de meterme en la vida de nadie —replaca molesto Saúl mientras abre el frigorífico y coge un bote lleno de agua que lleva su nombre.

—Ningún líder que se precie debe ignorar lo que ocurre a su alrededor.

—No me va la prensa rosa. No estoy aquí para juzgar a los demás ni para inmiscuirme en lo que hacen.

—¿Y para qué estás aquí, cariño?

La pregunta que le hace Natalia ya se la ha planteado muchas veces a sí mismo. ¿Por dinero? ¿Para vivir la experiencia? ¿Para aprender? No, es mucho más complejo que todo eso. Aislarse en un sitio como aquel era una gran idea. Sin móviles, sin ordenadores. Sin redes sociales ni contacto con el exterior durante tres semanas. Lo que no imaginaba era que tendría que compartir ese espacio con algunos capullos a los que no traga. Natalia y Luis entre ellos.

—Me voy a correr. Volveré para la cena —dice el joven atleta, que no tiene ganas de responder a la pregunta que le ha hecho su compañera.

Ni Natalia ni Luis vuelven a hablarle. Ni siquiera se fijan en él cuando se marcha. Saúl tampoco insiste. Esos dos no son sus amigos, ni lo serán en el futuro. Ellos por un lado y él por otro.

El joven deja atrás la que llaman «casa principal», en la que se encuentran la sala de estar, la mesa en la que comen y la cocina americana, con todo tipo de comodida-

des. Es donde se suelen reunir y hacen vida de grupo. Corre por el camino de los bungalós a buen ritmo. Hace calor, debe de haber más de treinta grados. No esperaba temperaturas tan altas en plena montaña, pero, desde que llegaron, muchos días han sido así. Por las noches, en cambio, refresca bastante.

—¿Dónde está ese campamento?

—En los Pirineos. En mitad de la nada.

—Vaya, qué lejos. ¿Y dices que no podremos hablar en tres semanas?

—Así es. No nos dejarán tener encendidos los móviles ni ningún tipo de dispositivo electrónico. Es una condición que nos han puesto para asistir.

Su novia no lo entendía y tampoco le parecía bien, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Él ya había tomado la decisión de ir. En aquel lugar desconectaría y tendría tiempo para pensar y aclarar sus ideas.

Saúl disminuye el ritmo al llegar al campo de tiro con arco. Alza la mirada y ve a Eva, que apunta a la diana que se encuentra justo en el medio. Dispara, y la flecha se clava en uno de los anillos rojos, muy cerca del amarillo.

—¡Buen tiro! —exclama el joven, que se dirige trotando hacia la chica.

—Gracias. No ha estado mal, aunque podría haber sido mucho mejor.

—Te has quedado cerca del centro.

—No me vale. Tú eres deportista. Sabes que no hay que conformarse con quedarse cerca del objetivo. Hay que ser certero y exigente con uno mismo.

Tiene razón. Él no es precisamente una persona conformista. Por eso es el mejor atleta de su generación. Nadie había conseguido saltar tan alto el listón con veintidós años.

—¿Quieres probar? —le pregunta Eva ofreciéndole el arco—. Es para chicas, no te pesará demasiado.

—No, gracias. No quiero ser infiel a mi pértiga.

Eva sonríe y asiente con la cabeza. Deja el arco en el suelo y estira los brazos hacia delante, entrelazando los dedos. Saúl la observa con atención antes de reanudar la marcha. Es una joven morena, con el pelo por debajo de los hombros, muy liso. Tiene los ojos grandes y celestes y la piel muy blanca. Mide unos veinte centímetros menos que él. De sus nueve compañeros, es la que mejor le cae. Incluso le atrae. De hecho, si no tuviera novia, tal vez intentaría algo. Pero no le será infiel a Sara. Jamás lo haría.

—¿Qué tal soportas esto? Llevamos ya una semana aquí metidos. ¿No te agobias?

—A veces —responde Saúl, que también se pone a estirar viendo que la charla puede alargarse—. Estoy acostumbrado a mi rutina, y cambiarla me está costando un poco.

—¿Solo se trata de eso?

—Bueno. La adaptación tampoco ha sido tan rápida como imaginaba.

—Tranquilo. Puedes decir con claridad que los otros son unos gilipollas. Mientras no me incluyas a mí.

La sonora carcajada de Eva sorprende a Saúl. Es la primera vez que la ve reírse de esa manera. La considera una chica bastante seria, aunque le gusta su forma de sonreír, abriendo mucho los ojos y arrugando la nariz.

—No te incluyo. Del resto, prefiero no pronunciar me.

—Hay de todo. Lucía me parece maja y Jorge también

—reconoce la chica, que sigue sonriendo—. A ti te tolero bastante. No te preocupes.

—Vaya, gracias. Eres muy amable.

—De nada, hombre. Aunque desde que te vi tengo la sensación de que escondes algo.

—¿Que escondo algo? ¿A qué te refieres?

La actriz se queda pensativa unos segundos y luego flexiona el cuerpo para tocar con las manos la punta de los zapatos. Saúl, inquieto, traga saliva y espera una respuesta.

—He observado que de vez en cuando te quedas mirando a ninguna parte, como si le dieras vueltas a algo que te preocupa —continúa diciendo Eva—. Te he pillado así varias veces esta semana.

—Puede ser. Aunque no hay nada concreto por lo que haga eso.

—¿Seguro? ¡No me engañes, que me doy cuenta rápidamente de quién no dice la verdad!

Saúl no sabe qué responderle. Está desconcertado. En realidad, ella tiene razón. Pero ¿hasta dónde puede contarle?

—Es un tema complicado del que intento olvidarme en el campamento.

—No hace falta que me digas nada. Respeto tu intimidad —señala Eva incorporándose—. Todos tenemos una vida fuera de aquí. No todo es tan bonito como lo pintamos. Ser una persona influyente, querida o referencial no significa que no cometamos errores o no tengamos atques de conciencia. Aunque intentemos que los que nos siguen no lo perciban. Para ellos, somos seres perfectos.

En ese instante, un helicóptero amarillo sobrevuela el cielo, por encima de sus cabezas. Los dos lo siguen con la mirada durante unos segundos, hasta que desaparece de su campo de visión.

—¿Y esto? ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. Será de vigilancia o de algún equipo de rescate —responde Eva también algo confusa—. A lo mejor buscan a alguien que se ha perdido en la montaña.

—Puede ser. Aunque es raro. No había visto ninguno hasta ahora.

—Seguro que hay una explicación lógica. Como para todo. Bueno, me voy. Te veo en la cena. ¡Y no te agobies mucho!

La joven se agacha y recoge del suelo el arco y las flechas que no ha lanzado. Sin decir nada más, camina hasta la diana que está en el medio. Saca la flecha del anillo rojo y se gira para despedirse de Saúl alzando la mano, sonriente.

El atleta percibe que una inesperada ráfaga de viento le golpea el rostro. De repente, siente frío y se le hielan los huesos. Contempla como Eva se aleja, a la vez que sus recuerdos regresan a aquel instante. A la fatídica noche del 16 de febrero de ese mismo año, cuando todo cambió.

—Diré que he sido yo.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo.

—No lo permitiré.

—¡Deja de hacer el tonto! Tienes una carrera y un gran futuro por delante, Saúl. Hemos trabajado mucho como para que ahora todo se vaya a la mierda —le recuerda su entrenador nervioso.

—Pero el culpable soy yo.

—Tú no has hecho nada. Ni ella ni tú. ¿Entendéis?

Sara mira fijamente al hombre que les está hablando. Asiente con la cabeza y acaricia el pelo de Saúl mientras le susurra al oído:

—Tiene razón, cariño. Si decimos que has sido tú, echarás a perder tu carrera. La prensa no te dejará en paz y las redes sociales se llenarán de opiniones de todo tipo. Es muy duro lo que ha sucedido, pero esta es la mejor solución.

—No es la mejor solución.

—Sí, lo es. Y no se hable más —insiste el entrenador con firmeza.

El joven continúa negando con la cabeza. No puede creer que aquello le esté pasando de verdad. Hace unas horas era un joven feliz. Exitoso. La sensación del momento. Solo han transcurrido seis días desde que batió su marca personal en ese mitin televisado. Nunca había saltado el listón colocado a esa altura. ¡Récord nacional! Los medios de comunicación lo entrevistaban continuamente y sus seguidores en Twitter e Instagram se multiplicaron por diez. Había nacido una estrella.

Y, de pronto, aquel hombre muerto. Le había golpeado tantas veces la cabeza que apenas se distinguían sus rasgos. Debía asumir las consecuencias.

Besa a Sara en los labios y después le da una palmada en el hombro a su entrenador. Le conmueve que haya querido sacrificarse por él, pero no va a consentirlo.

—No, confesaré a la policía. Lo he matado y tengo que pagar por ello.